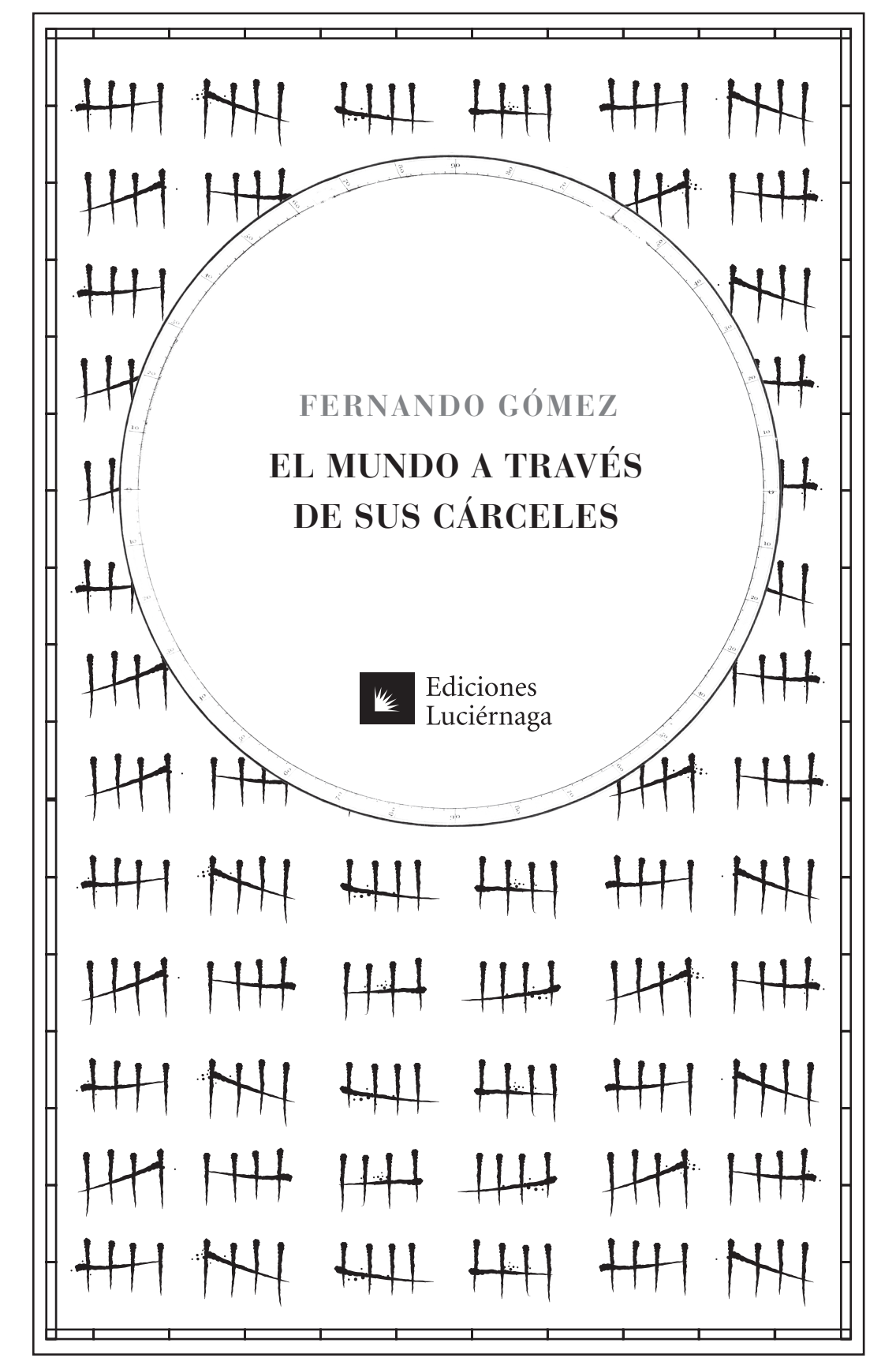


FERNANDO GÓMEZ

# EL MUNDO A TRAVÉS DE SUS CÁRCELES



Luciérnaga



**FERNANDO GÓMEZ**  
**EL MUNDO A TRAVÉS**  
**DE SUS CÁRCELES**



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Fernando Gómez, 2020.

© de las fotografías del interior: Nic McPhee from Morris, Minnesota, USA; Everett Historical; Victor Jiang; Hosmo Cosmicos; Turtix; Bruno Doinel; Rocha Ribeiro; Mizzick; Indigo428 / Shutterstock; ECCC. Iconografía: Grupo Planeta.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2020

© Edicions 62, S.A., 2020  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

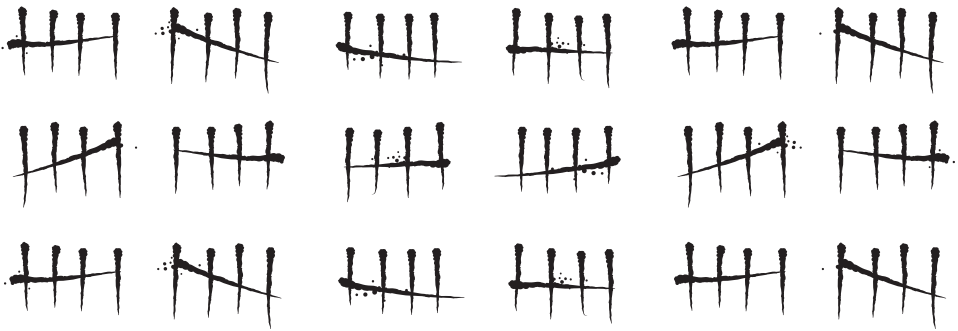
ISBN: 978-84-18015-24-3  
Depósito legal: B. 9.908-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# SUMARIO

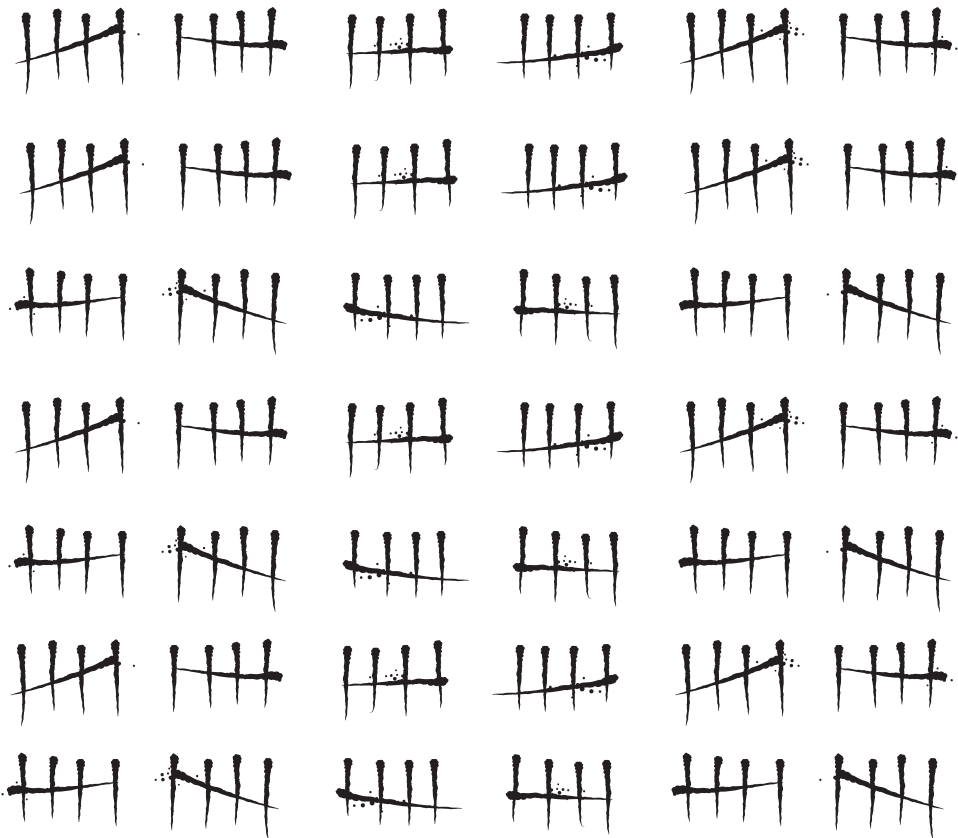
1. Introducción al viaje. París - Francia.....	13
2. Torre de Londres y Prisión de Holloway. Londres - Inglaterra ....	25
3. Cárcel de Reading. Condado de Berkshire - Inglaterra .....	39
4. Prisión de Kilmainham. Dublín - Irlanda .....	49
5. Memorial Berlín-Hohenschönhausen. Berlín - Alemania .....	59
6. Cárcel Mamertina. Roma - Italia .....	69
7. Prisión de Los Plomos. Venecia - Italia .....	77
8. Castillo de Erdody. Jastrebarsko - Croacia .....	85
9. Hotel Four Seasons. Estambul - Turquía .....	93
10. La prisión de Jesús. Jerusalén - Israel .....	105
11. Prisión Museo Ebrat. Teherán - Irán.....	113
12. Tuol Sleng S-21. Nom Pen - Camboya.....	123
13. Prisión de Fannie Bay. Bahía de Fannie - Australia.....	133
14. Prisión de Port Arthur. Tasmania - Australia .....	141
15. Prisión de Robben Island. Ciudad del Cabo - Sudáfrica .....	151
16. Castillo de San Jorge. Elmina - Ghana.....	161
17. Eastern State Penitentiary. Filadelfia - Estados Unidos.....	169
18. Prisión de Alcatraz. San Francisco - Estados Unidos.....	177
19. Universidad de Stanford. San Francisco - Estados Unidos.....	187
20. Palacio Negro de Lecumberri. Ciudad de México - México.....	197
21. La Catedral. Envigado - Colombia.....	209
22. La prisión del fin del mundo. Ushuaia - Argentina.....	219
23. Isla del Diablo. Kourou - Guayana Francesa .....	227
24. Memorial Prisión de Montluc. Lyon - Francia .....	237
25. Castillo de If. Marsella - Francia.....	247
Epílogo. Cárcel Modelo. Barcelona - España .....	259



1

# INTRODUCCIÓN AL VIAJE

París - Francia



Uno de los grandes placeres de esta vida, al menos para mí, es sentarme en una de las muchas terrazas con que cuenta París y dejarme sorprender por todo cuanto se va presentando ante mis ojos. Entre los cientos de terrazas que ofrece la ciudad hay una en particular que se encuentra en mi lista de favoritas, Bistrot Marguerite. Desde allí se puede apreciar una buena panorámica de la plaza del Ayuntamiento.

Cada vez que voy a París es para seguir los dictados de una frase que leí en *Tratado de la vida elegante*, de Honoré de Balzac: «Quien no venga a menudo a París no será jamás completamente elegante». Como supondrá, estaba en Bistrot Marguerite dispuesto a aprobar esa asignatura.

No tenía mayor preocupación que la de permanecer inmóvil con la vista clavada en la plaza mirando cómo unos obreros instalaban lo que en Francia se llama carrusel y que aquí conocemos como tiovivo o caballitos de feria. Los movimientos de los operarios eran acompasados, posiblemente parecidos a los que debieron de ejecutar otros trabajadores en octubre de 1828 cuando Victor Hugo los vio al cruzar la misma plaza. Ese día no estaban instalando un carrusel, lo que acababan de levantar era una guillotina. El escritor se detuvo para observar cómo el verdugo engrasaba la máquina para que su funcionamiento fuera perfecto en las ejecuciones que estaba previsto realizar esa misma tarde. Escuchó el silbido de la cuchilla de acero descendiendo por su raíl y el sonido seco del golpe al finalizar el recorrido le estremeció. Impactado por lo que había contemplado, Victor Hugo se retiró a su domicilio, tomó la pluma y comenzó a escribir el libro *Último día de un condenado a muerte*. En las páginas de esa obra, el escritor francés manifiesta que todo cadalso levantado para gui-

llopinar a un hombre es un retorno infame al salvajismo más primario.

Desde que vi en el cine *El verdugo*, de Luis García Berlanga, y *Queridísimos verdugos*, de Basilio Martín Patino, la figura de esos funcionarios del Estado siempre me ha producido fascinación y rechazo a partes iguales, y quizá hayan sido esas dos sensaciones contrapuestas las que me han acercado a leer todo cuanto ha caído en mis manos sobre ese oficio y en particular sobre las personas que lo ejercieron.

El primero de esos funcionarios que me vino a la mente fue Giovanni Battista Bugatti, quien fue verdugo de los Estados Pontificios hasta que llegó su jubilación al alcanzar los ochenta y cinco años. Los Estados Pontificios fueron los territorios de la península italiana que estuvieron bajo la autoridad temporal del papa desde el año 751 hasta 1870.

Bugatti entró al servicio de la Iglesia en 1796 a la temprana edad de dieciséis años, y durante los sesenta y nueve años que ejerció el oficio llevó a cabo 516 ejecuciones. Si le digo con tanta exactitud el número de ajusticiados es porque lo dejó minuciosamente detallado en un diario en el que anotaba el nombre de sus víctimas añadiendo a su lado, con pulcritud y letra clara, la fecha de la ejecución y el método empleado. El hacha, declaró con total naturalidad, era su favorita; por lo que se sabe, tampoco le hacía ascos a emplear la guillotina y el ahorcamiento.

Entre ejecución y ejecución, la vida de Bugatti no se diferenciaba en exceso de la de cualquiera de sus vecinos romanos. Se distraía ayudando en la pequeña tienda que su mujer regentaba en el Trastevere, barrio que solo abandonaba en contadas ocasiones. Las únicas veces que atravesaba el puente Sant'Angelo era cuando tenía que cruzar el río Tíber para ir a trabajar a la otra orilla, ya fuera en Campo de'Fiori, en la Piazza del Popolo o en la Piazza del Velabro, que eran los lugares donde habitualmente se colocaba el cadalso para ejecutar a las víctimas.

Charles Dickens —en su libro *Estampas de Italia*, publicado en 1846— describe una ejecución a la que asistió en Roma y cuyo verdugo, al ser el titular de la plaza en esa fecha, no podía ser otro que Giovanni Battista Bugatti. Con el afilado bisturí de su prosa,

Dickens nos cuenta el espeluznante espectáculo que presenció: «Se arrodilló enseguida debajo de la cuchilla. Colocó el cuello en el agujero hecho en un travesaño para tal fin y lo cerraron también por arriba con otro, igual que una picota. Justo debajo de él había una bolsa de cuero, a la que cayó inmediatamente su cabeza. El verdugo la agarró por el pelo, la alzó y dio una vuelta al patíbulo mostrándosela a la gente, casi antes de que uno se diera cuenta de que la cuchilla había caído pesadamente con un sonido vibrante. Cuando ya había pasado por los cuatro lados del patíbulo, la colocó en un palo delante: un trozo pequeño de blanco y negro para que la larga calle lo viera y las moscas se posaran en él».

En 1865, el papa Pío XI jubiló a Bugatti. Como reconocimiento a su labor, Su Santidad le gratificó con una pensión vitalicia de 30 escudos mensuales. Solo cinco años disfrutó de la pensión. Como si se tratara de un homenaje, el mismo año de su muerte dejaron de existir los Estados Pontificios. Durante el mandato de Pío XI, en 1929, se firmó el Tratado de Letrán, que copió de la legislación italiana el artículo 8 y estableció la pena de muerte en la Ciudad del Vaticano para toda persona que intentara asesinar al papa dentro de ella. Esa normativa quedó derogada en 1969.

Sentado en la terraza del Bistrot Marguerite, no pude evitar recordar la frase que pronuncia el protagonista de la obra de Victor Hugo: «Acabo de hacer testamento, ¿de qué sirve? Estoy condenado a pagar las costas, y todo lo que tengo apenas me alcanza para ello. La guillotina es muy cara».

Eran tiempos en que el condenado tenía que hacerse cargo de los gastos de su propia ejecución y, si no tenía bienes para cubrir la deuda, el pago debía ser satisfecho por sus familiares. En ese momento apareció en mi pensamiento la imagen de ese instrumento, la guillotina. Se atribuye su creación a un médico llamado Joseph Ignace Guillotin. La realidad es que él no fue quien la inventó, sino que solo propuso su uso y su mejora. Máquinas similares habían sido usadas anteriormente en Bohemia, Escocia e incluso en la antigua Roma.

Ha circulado de boca en boca la historia de que Joseph Ignace Guillotin murió ejecutado en la guillotina; no lo crea, es una equivocación, transmitida por varios historiadores al confundirlo con un médico de Lyon con su mismo nombre. Ignace Guillotin murió a los setenta y cinco años a consecuencia de carbunco en el hom-





bro. Al poco tiempo de ser enterrado, sus descendientes elevaron una súplica a las autoridades francesas para que fuera cambiado el nombre del artefacto. La petición fue denegada, pero permitieron que fueran ellos quienes pudieran cambiarse el apellido.

Cuando la guillotina alcanzó su máxima utilización, esplendor y reconocimiento fue durante el periodo de la Revolución francesa. El lunes 21 de enero de 1793, Luis XVI fue conducido a la plaza de la Revolución. Pasaba media hora de las diez de la mañana cuando la cuchilla impactó contra su cuello. El verdugo encargado de la ejecución declaró: «El rey soportó todo con una compostura y una firmeza que nos asombró a todos». Ese verdugo encargado de dar muerte al monarca era Charles Henri Sanson.

Si algún día se da una vuelta por el cementerio de Montmartre, puede que pase al lado de una modesta tumba que acoge

los restos de ese verdugo. Podrá leer en la lápida que nació en 1739 y falleció en 1806. No está enterrado solo; en el reducido espacio lo acompañan los restos de su hijo, Henri Sanson, y los de su nieto, Henri Clement Sanson. Ambos, al igual que el padre y el abuelo de Charles Henri Sanson, tenían el mismo oficio. En total, fueron seis las generaciones de la familia Sanson que ejercieron en Francia la función de verdugo oficial durante casi dos siglos en el espacio que comprende de 1688 a 1847. Sin objeción, Charles Henri, cuarto de la dinastía Sanson, fue el más popular de todos. Hubo, por supuesto, otros verdugos activos en Francia durante esos dos siglos, pero la familia Sanson ostentó en solitario los Derechos Reales y fueron nombrados con el tratamiento de ejecutores oficiales en París. Charles Henri Sanson llevó a cabo casi tres mil ejecuciones en solitario, o ayudado por el grupo de seis asistentes con los que contaba. Entre esas ejecuciones son reseñables la ya nombrada de Luis XVI y las de los revolucionarios Danton, Robespierre, Saint-Just o Desmoulins. La ejecución de la reina María Antonieta corrió a cargo de uno de sus hijos, Henri.

Sobre la vida de Charles Henri Sanson, se sabe que fue educado en un colegio de religiosas en Rouen hasta el día en que el padre de otro estudiante descubrió que era hijo de un verdugo. Una vez sacado a la luz el secreto, tuvo que abandonar la escuela ante las presiones que sufrió de los padres de sus compañeros. Desde entonces, se educó en privado escondiendo su condición. Aún no había cumplido los dieciocho años cuando decidió seguir el oficio de su padre para poder asegurar el alimento de la familia. En su primera ejecución, el joven Charles Henri Sanson estuvo a un paso de abandonar la carrera; por entonces era ayudante de su tío Nicolás, que ejercía en Reims. En esas fechas aún no se había impuesto la guillotina y la ejecución era por desmembramiento. El espectáculo fue tan brutal que tardó más de cuatro horas en conseguir el propósito. De esa ejecución queda testimonio gracias a Giacomo Casanova, que asistió al tormento.

Charles Henri Sanson, a los treinta y nueve años, recibió oficialmente, de manos de su padre, la capa de color rojo sangre que era

el símbolo distintivo del verdugo principal. Ocupó este cargo durante diecisiete años más, hasta que en 1795 le sucedió su hijo Henri.

Sanson fue decisivo en la aceptación de la guillotina como la forma en que debían ser realizadas las ejecuciones tras la Revolución francesa. Después de que Joseph Ignace Guillotin apoyara públicamente la nueva máquina de ejecución, aportó un exhaustivo informe a la Asamblea Francesa, presentando un amplio argumentario a su favor. Incluso construyó con un amigo alemán, el fabricante de instrumentos musicales Tobias Schmidt, el prototipo de guillotina que fue probado por primera vez el 17 de abril de 1792, en el hospital Bicêtre de París. El propio Sanson condujo la inspección del aparato. Para su prueba se cortaron, primero, balas de paja; luego se pasó a decapitar animales vivos, y, por último, como prueba definitiva se probó su eficacia en cadáveres humanos. Con los buenos informes que presentó, a la semana siguiente, la asamblea aprobó su uso y él mismo inauguró la era de la guillotina ejecutando a un ladrón, Nicolas Jacques Pelletier, en la plaza de Grève de París. Era el 25 de abril de 1792 y la guillotina acababa de hacer su presentación en sociedad.

«Todos los hombres están condenados a morir con plazos desconocidos —dice Victor Hugo en *Último día de un condenado a muerte*—. Desde la hora en que se pronunció mi sentencia, ¡cuántos habrán muerto que esperaban vivir largo tiempo!»

Mientras consumía una segunda copa de kir apareció en mi mente William Marwood, un verdugo inglés que se declaraba enemigo acérrimo de la ociosidad y que, para combatirla, en el tiempo libre que le quedaba entre ejecución y ejecución, se dedicaba a fabricar zapatos o poner medias suelas en la zapatería heredada de su padre. En sus memorias no lo oculta: «Así vivo día tras día hasta el momento en que soy requerido para alguna ejecución». Más adelante, a modo de lección ejemplarizante dirigida a los condenados, escribe: «Habría sido mejor para los ejecutados que hubiesen preferido el trabajo a la ociosidad».

William Marwood fue uno de los verdugos más célebres de su tiempo. Siempre mostró un gran interés por los estudios anatómicos para aplicarlos al desempeño de verdugo, y era tal el amor que

sentía por su oficio que consideraba el ahorcamiento como un arte y continuamente estudiaba para mejorarlo; a fuerza de dedicación, se convirtió en un virtuoso.

En Inglaterra, desde mediados del siglo XIX, el de verdugo era un oficio muy deseado que se mantuvo hasta que la pena capital fue abolida en 1964. Según algunos verdugos, una de las causas por las que querían conseguir el puesto era por la ventaja que les proporcionaba poder viajar con todos los gastos pagados y visitar lugares desconocidos en los que se realizaban las ejecuciones.

Sorprende que antes de cumplir los cincuenta y cuatro años Marwood nunca hubiera ahorcado a nadie ni asistido a una ejecución. A esa edad, sin explicar el motivo, le entró el deseo de ser verdugo y consiguió persuadir a las autoridades de la prisión de Lincoln para ejecutar a William Frederick Horry, el primero de una larga lista, en abril de 1872. Gracias al trabajo eficaz de Marwood, el condenado murió con rapidez y sin sufrimiento, detalle que dejó muy impresionado al gobernador de la cárcel, quien no dudó en contratarlo para sucesivas ejecuciones.

Innovador, Marwood aplicó una técnica de su invención. A diferencia de las anteriores formas utilizadas, proporcionaba una muerte más rápida a los condenados. El verdugo colocaba el nudo de la soga bajo la oreja izquierda y calculaba, según el peso del condenado, la longitud de la caída para que quedase inconsciente de forma inmediata y muriese a los dos minutos, con lo que se le evitaba sufrimiento. Los estudios de Marwood eran precisos y comprobó que, por ejemplo, una persona de unos cincuenta kilos requería una caída de un poco menos de tres metros y medio. Con esta nueva técnica, el ejecutado no tenía que sufrir la larga agonía y asfixia que habían sentido hasta entonces. A ese sistema de ahorcamiento se lo conoció como *long drop* (larga caída).

Las personas que tuvieron contacto con Marwood decían que era un hombre de trato amable y educado. Sus modales eran exquisitos. No se sentía culpable por ejecutar a tantas personas y decía que, por las noches, dormía con la misma placidez que un niño. Incluso tenía tarjetas de visita en las que bajo su nombre ponía en negrita su ocupación: «verdugo público». En su etapa de verdugo, Marwood colgó a 181 personas, nueve de ellas mujeres. Con los ajusticiados se relacionaba con corrección, los saludaba y después se arrodillaba con ellos pidiendo a Dios que todo saliese

bien, que no sufrieran y que el tránsito de esta a la otra vida fuera rápido y lo más placentero posible.

Marwood no sentía remordimientos por su trabajo. Consideraba que alguien tenía que hacerlo y que él, al menos, sabía llevarlo a cabo bien y sin dolor. Su celebridad lo convirtió en el verdugo oficial de la policía de Londres. Por sus servicios recibió un salario anual de 20 libras, a las que se sumaban otras 10 por cada ejecución; había que añadir además otra ventaja complementaria y que formaba parte de sus emolumentos: podía quedarse con la ropa de las personas que ahorcaba.

Como he apuntado antes, Marwood simultaneó el oficio de verdugo con el de zapatero, en el que prosperó notablemente y ganó gran prestigio. Todos querían poseer zapatos hechos por las manos del famoso verdugo. Esa circunstancia provocó que aumentara los precios y que pasear con unos zapatos Marwood fuera considerado un signo de distinción.

Falleció como consecuencia de una enfermedad pulmonar en septiembre de 1883 y fue enterrado en el cementerio de Holy Trinity Church. Si en alguna ocasión pasea por ese abigarrado camposanto, no pierda el tiempo buscando la sepultura de William Marwood porque no la encontrará, fue enterrado en una tumba anónima para evitar que un gran número de admiradores rompieran partes de la lápida para conservarlas como recuerdo.

No quise abandonar la plaza del Ayuntamiento sin antes repasar la vida y la obra de, quizá, el más reconocido de los verdugos de toda la historia, Albert Pierrepoint, que sirvió a la Corona británica durante veinticuatro años, tiempo en el que ejecutó en la horca a 433 hombres y 17 mujeres. Su virtud era la de ahorcar con una técnica veloz, eficiente y respetando la dignidad del reo. «Esta persona ha pagado el precio por sus pecados. Lo que queda de ella merece ser tratado con dignidad», solía decir a sus ayudantes mientras limpiaba con un trapo húmedo la piel sin vida del ahorcado en un acto de respeto.

Pierrepoint aprendió el oficio de su padre y de sus tíos Henry y Thomas. No contento con lo aprendido, depuró la técnica hasta convertirse en el más eficiente verdugo que ha existido en la historia judicial británica. Detallista al estilo de Giovanni Battista, Bu-

gatti anotaba también en un diario los pormenores de cada ejecución, y en 1951 registró su mejor marca: siete segundos tardó en ahorcar a un preso llamado James Inglis. El mariscal Montgomery, héroe británico de la Segunda Guerra Mundial, llegó a decir de él: «Quiero que el mundo sepa que nuestras ejecuciones son las más eficientes y las más humanas». Al término de la contienda, el célebre militar confió a Pierrepoint el ahorcamiento de 200 nazis, lo que le hizo viajar, entre otros, a países como Austria y Alemania, y en cierta ocasión ajustició en Gibraltar.

En su día a día, Pierrepoint llevaba una vida anónima, nadie sabía a qué se debían sus continuas ausencias de la ciudad. Cuando estaba en la tienda de ultramarinos que regentaba era jovial delante y detrás de la barra, le gustaba cantar y hacer gracias con los clientes habituales, a los que ni por un segundo podía pasárselos por la cabeza que estaban frente al más importante de los verdugos con los que contaba Gran Bretaña.

Pierrepoint no era persona que persiguiera la fama, pero se vio superado y arrastrado por la súbita popularidad de la que gozó y eso precipitó el fin de su doble vida. Había guardado con celo el motivo de sus ausencias y solo lo plasmaba en el diario que escribía. La horca le había asegurado prestigio entre las autoridades y una mejor posición social, pero no era tema de conversación que debiera sacarse en casa ni en la calle. Al ser el verdugo elegido para ejecutar a nazis, el gobierno británico le otorgó el tratamiento de héroe.

Tras su retiro en 1956 se dedicó a ser tabernero en un pub en Lancashire, al norte de Inglaterra, y allí aprovechó para escribir sus memorias, a las que puso el título de *Executioner: Pierrepoint* y que dedicó a su esposa: «A Anne, mi mujer, que durante cuarenta años nunca me hizo preguntas... Le agradezco su lealtad y discreción».

En contra de lo que pueda pensarse, Pierrepoint siempre fue contrario a la pena de muerte y, al igual que Marwood, decía que él solo era un brazo necesario de la justicia. Sentía que era un deber que cumplir en la intimidad, una tarea secreta y sagrada, una vocación que le había marcado el destino. En fin, era un profesional que intentaba hacer su trabajo con excelencia, y, en vista de los resultados, hay que reconocer que lo consiguió.

Apuré las últimas gotas de kir, pagué las consumiciones, di una propina al camarero y dejé que las calles de París me envolvieran como solo ellas saben hacerlo. En el paseo hacia el hotel me asaltó una pregunta: ¿podía haber castigo mayor que la pena de muerte? ¿Qué desgracia puede compararse a conocer de antemano la hora y la fecha en que se va a abandonar este mundo? A mi avanzada edad las preguntas tenían fáciles respuestas y la respuesta, en ese momento, era que no había castigo comparable al de la pena de muerte. Nada, pensé convencido, puede equipararse a la muerte. Eso pensaba mientras ascendía el Boulevard Malesherbes a la altura de la iglesia de San Agustín. Y en ese punto mi pensamiento sufrió un revés al ver a una joven pareja empujando una silla de paseo en la que viajaba sonriente una niña que no pasaría de los dos años. A esa familia se le dibujaba en el rostro la felicidad de estar juntos y comprendí que separarlos sería el peor de los castigos. La más cruel de las condenas. Fue viendo esa imagen cuando nació en mí la duda y como una revelación descubrí que lo más precioso de este mundo, aparte de la vida, es la libertad ya que, filosofé, la vida sin libertad no se puede llamar vida. Esa reflexión fue la chispa que hizo que dentro de mí despertara la idea de comenzar una vuelta al mundo recorriendo el mayor número de prisiones que se pudieran visitar para buscar en esencia y por ausencia lo que es la libertad. Ya dijo Montesquieu con bastante fortuna que «la libertad es ese bien que hace gozar de los demás bienes».

Mañana, si no tiene inconveniente, me gustaría hablarle de la primera de las cárceles que visité. ¡Le espero en este mismo lugar a la misma hora que hoy!